

# EL PEREGRINO EN SU PATRIA

por OCTAVIO PAZ\* \*\*

## I. BUROCRACIA Y DEMOCRACIA EN MEXICO

Una y otra vez, en distintos escritos, me he ocupado de la burocracia mexicana. El tema es capital, pero la palabra es inexacta, pues designa una realidad más vasta, universal y nueva que la de las antiguas burocracias históricas. No resisto a la tentación de volver sobre este asunto. Mi insistencia puede parecer monomaniaca, pero creo que, en este caso, la repetición no sólo es perdonable, sino necesaria. Es tocar el punto sensible.

El rasgo característico del México contemporáneo, el que lo distingue del pasado reciente, es la constitución de un grupo social que domina al Estado y, a través del Estado, a la vida política, económica y cultural de la nación. Este grupo está compuesto por políticos, tecnócratas e intelectuales. Surgió después de que cesó la lucha armada entre las facciones revolucionarias; su involuntario fundador fue un caudillo, Plutarco Elías Calles, con el que comienza el México contemporáneo. Su ascenso ha sido paulatino, pero constante y firme. Sus escaleras:

\*OCTAVIO PAZ: Escritor mexicano.

\*\*Este trabajo es parte de *México en la obra de Octavio Paz*, una serie de tres volúmenes que aparecerá próximamente. El primer tomo, *El peregrino en su patria* (título que viene de Lope de Vega), recoge la mayoría de los ensayos del escritor mexicano sobre la historia y la política de su patria, además de algunos textos inéditos. Entre estos últimos se encuentra el presente artículo que aquí publicamos por especial gentileza del autor.

el Partido Revolucionario Institucional (en sus tres encarnaciones y en sus distintos organismos y sindicatos: obreros, campesinos, clase media), la Administración Pública y las empresas paraestatales, algunas gigantescas, como Petróleos de México, la más grande del mundo en su género. Cada nueva nacionalización ha fortalecido no a los obreros ni a la nación, sino a la burocracia. Como su ascenso ha sido gradual, insensible y pacífico, pocos han reparado, hasta ahora, en el fenómeno.

La burocracia es una clase privilegiada, pero no es una aristocracia cerrada, una nobleza de la sangre; se puede ingresar en ella si se reúnen ciertos méritos y se cumplen varios requisitos. Como sucede con todos los grupos dirigentes, el origen social es primordial: en las altas esferas del Gobierno y del Partido, tanto como en las empresas paraestatales, abundan los descendientes de personalidades que ocuparon puestos de importancia en las primeras administraciones postrevolucionarias, como lo ha mostrado con gran riqueza documental el historiador Roderic A. Camp. Nos gobierna una segunda generación de dirigentes. Sin embargo, como ya dije, el origen familiar no es determinante ni equivale a un certificado de ingreso en la jerarquía; los aspirantes deben satisfacer ciertas condiciones: educación, disciplina probada en el Partido o en la Administración, competencia técnica, habilidad política, tacto, energía, antigüedad en el escalafón y, en fin, esa red que tejen las alianzas, las amistades y las complicidades.

Todos los miembros de la clase dirigente han hecho estudios superiores en las universidades de nuestro país y muchos en los grandes centros del extranjero. Como los mandarines, son una clase culta o, más bien, instruida; a diferencia de la burocracia imperial china, no conocen a los clásicos ni a los poetas, pero, en cambio, han estudiado economía, sociología, politología y las otras ciencias y seudociencias sociales. Debemos a esta clase casi todos los cambios que ha experimentado el país en los últimos años. Muchos de ellos han sido positivos, ¿cómo negarlo? Pero una contradicción la mina. Desde su aparición en la vida pública,

hace ya medio siglo está empeñada en la modernización económica, social y técnica de México; al mismo tiempo, hoy es el obstáculo principal para llevar a cabo la modernización de que dependen todas las otras: la modernización política, la democracia.

El fenómeno mexicano es universal. Uno de los elementos que definen a este siglo, quizá el central, es el ascenso mundial de la clase burocrática. ¿Clase o casta? ¿Oligarquía o aristocracia? No es fácil ni necesario contestar a estas preguntas. En realidad, se trata de una *nueva categoría histórica*. Para designarla se emplea, con inexactitud, el término *burocracia*. Las burocracias del pasado, por más poderosas que hayan sido, fueron cuerpos de funcionarios y empleados mientras que el origen de las modernas es político. Muchas entre ellas son herederas de movimientos revolucionarios. Además, el rasgo común que las define, lo mismo en las naciones comunistas que en las capitalistas, es la voluntad de poder. A veces, por la violencia y otras pacífica y, gradualmente, han desplazado a las otras clases dirigentes. Allí donde no las han eliminado, como en México, las han subordinado. Ahora bien, esa voluntad y esas acciones son, por esencia, políticas. Más exactamente: son la esencia de la política. Vivimos en un período peculiar, quizá único en la historia: el del ocaso de los caudillos y los grandes jefes, sustituidos por cuerpos políticos colegiados: el gobierno de los funcionarios. En este sentido, un Castro ya es una reliquia: Gorbachov es el hombre nuevo. Aunque no es imposible encontrarles ciertas semejanzas con las verdaderas burocracias del pasado, lo mismo en Bizancio y China que en Mesopotamia y Egipto, las burocracias del siglo XX son la verdadera y gran novedad histórica de nuestro tiempo.

Fenómeno ubicuo y que, no obstante, en cada país tiene una coloración distinta. También su influencia varía en cada lugar. En los regímenes comunistas es absoluta; en las democracias, la acción pública y el ejercicio de los derechos sociales e individuales entraban su poderío. Tanto en los Estados Unidos,

Europa occidental y Japón, como en otros países de América, Asia y el Pacífico, su dominio no es ilimitado, pero su influencia es considerable; ha penetrado en los órganos gubernamentales, en los sindicatos obreros y en la empresa privada: hay una burocracia capitalista como hay una burocracia estatal. En los países del “socialismo real” ha sometido totalmente a la sociedad civil, no sin antes haber aniquilado físicamente a clases y enteras categorías sociales. En México vive en una suerte de equilibrio: enclavada en la sociedad —mejor dicho insertada y diseminada en el cuerpo social— ha sujetado a las otras clases, pero no pretende ni absorberlas ni exterminarlas. Al contrario, en los últimos cincuenta años la sociedad civil ha crecido considerablemente. A veces nuestra burocracia ha sido la aliada de los empresarios y de los banqueros; siempre, de los líderes y dirigentes de la clase obrera y campesina. En verdad, la burocracia obrera y campesina son parte central de la nueva clase.

Por razones que he explicado en otros escritos, su dominación no ha sido ni es despótica. Tampoco democrática. Precisamente por su posición peculiar, su origen civil, su pragmatismo no ideológico y, sobre todo, por ser la heredera tanto del liberalismo del siglo XIX como de la Revolución Mexicana, tengo esperanzas en un cambio pacífico y gradual hacia formas de vida realmente democráticas. Sólo que, también precisamente por la naturaleza histórica y social de nuestra burocracia, insertada en la vida política, económica y cultural del país, nuestro camino será más lento y difícil que el recorrido por otras naciones de nuestro continente, como Argentina, Brasil y Uruguay. Las dictaduras militares son cuerpos extraños incrustados en el Estado y en la sociedad; las burocracias viven en simbiosis con el tejido social.

La aparición de una nueva categoría social es un hecho histórico sobre el que tenemos poco o ningún poder: nace y vive independientemente de nuestra voluntad y de nuestros deseos. No es siquiera, como a veces se dice, “un signo de los tiempos”: es el tiempo mismo, la historia social, que se manifiesta en una de

sus creaciones. En el mundo de la historia, el nacimiento de una nueva clase es un fenómeno análogo al de la emergencia, en el de la naturaleza, de una nueva especie animal. Con esto quiero decir que estamos ante una realidad con la que debemos contar y, sobre todo, con la que tenemos que aprender a convivir. No es fácil ni, quizá, tampoco deseable, suprimir o eliminar esta nueva realidad. Además, ¿es posible? El único método sería la violencia revolucionaria; ha sido el remedio que algunos, entre ellos nadie menos que Trotsky, han propuesto. Pero el remedio es peor que la enfermedad: las revoluciones del siglo XX fueron y son, justamente, el semillero de las burocracias. Han sido una cruel respuesta de la historia a las predicciones de Marx: la revolución que acabaría con el Estado no sólo lo ha fortalecido, sino que ha creado un grupo social que es, a un tiempo, su criatura y su propietario. Pero si no es posible suprimir o exterminar a las burocracias, sí lo es reducirlas, humanizarlas, limitar sus poderes y someterlas al control de la sociedad. Este control tiene un nombre: democracia.

Hacia 1950 percibí, confusamente, la realidad nueva que brotaba de la porción más activa e ilustrada de la sociedad mexicana postrevolucionaria. El ejemplo de otros países me llevó a comprender mejor el fenómeno. También los libros que han aparecido desde hace mucho sobre este asunto, comenzando por los análisis de Max Weber, las discusiones en el grupo de Trotsky sobre el “colectivismo burocrático” y, en fin, los estudios contemporáneos. En esos años vislumbré el verdadero remedio. No fue fácil llegar a ciertas conclusiones: nací en 1914 y pertenezco a una generación que, en sus dos expresiones mayores: la marxista y la nacionalista, vio siempre con desdén a la herencia democrática. Poco a poco, no sin estupor, redescubrí a los grandes nombres de los siglos XVIII y XIX que habían sido los maestros de mi abuelo y de los liberales mexicanos. No me ofrecieron una doctrina ni un catecismo: fueron y son una fuente, una inspiración. Nuestras sociedades son muy distintas a las del siglo XIX, pero sus críticas al absolutismo y al despotismo

no han perdido ni actualidad ni eficacia. Los sucesos de 1968 confirmaron que mis temores no eran fantasías, ni quimérico ni diagnóstico.

Desde *Posdata* (1969) sostengo que la salida de México es la democracia. Ahora esta palabra se ha popularizado, al lado de otras que la acompañan como complemento: pluralismo, diálogo, división de poderes, federalismo, resurrección política de las regiones, sociedad civil, etc. Hace apenas unos años esas palabras eran abominaciones, brasas que quemaban los labios de los ideólogos; hoy esos mismos labios las pronuncian con unción. Enhorabuena... Soy uno de los que creen que la democracia puede enderezar el rumbo de México y ser el comienzo de la rectificación de muchos de nuestros extravíos históricos. La reforma política haría posible la reforma económica y, asimismo, la de nuestra cultura; la democracia le devolvería la iniciativa a la sociedad y liberaría los poderes creadores de nuestra gente. Naturalmente, hablo de la verdadera democracia, que no consiste sólo en acatar la voluntad de la mayoría, sino en el respeto a las leyes constitucionales y a los derechos de los individuos y las minorías. Ni los reyes ni los pueblos pueden violar la ley, ni oprimir a los otros. Los antiguos concebían a la buena democracia —pues hay algunas que son malas: las demagógicas y las despóticas— como un régimen mixto que combina las otras dos formas de gobierno (la monarquía y la aristocracia), fundado en el equilibrio de poderes y en el culto a la Constitución.

A los mexicanos nos hace falta, lo mismo en la esfera privada que en la pública, volver a Montesquieu, quiero decir: conocer y reconocer los límites de cada uno, los míos y los de mi vecino. De ahí que la reforma política sea inseparable de la reforma intelectual y moral. Esto únicamente puede realizarse por una acción interior e interpersonal: una enmienda, una conversión. En el dominio de la religión, las conversiones son el resultado de una revelación; en el de la moral pública son la consecuencia de la crítica intelectual y política. Por esto me

atrevo a decir que el cambio de actitudes que preconizo debería ser, en primer término, el efecto de la *autocrítica* de nuestra clase intelectual y, en segundo, de su decisión de extender esa crítica a toda la nación. ¿Pido mucho? Tal vez. También es mucho lo que nos pide la presente situación.

## II. MEXICO Y LOS ESTADOS UNIDOS. REALIDADES Y ESPEJISMOS

En el caso de México —lo mismo puede decirse de los otros países de América Latina— los principios democráticos fueron implantados, en primer término, por los españoles: ayuntamientos, audiencias, visitadores, juicios de residencia y otras formas de autogobierno y de crítica del poder. Estas semillas democráticas fueron desarrolladas y radicalizadas, sucesivamente, por los “ilustrados” del siglo XVIII y, sobre todo, por los hombres que lucharon por la independencia de nuestro país y por los que consumaron, en los siglos XIX y XX, la reforma política democrática. En este sentido, la democracia mexicana —o más exactamente: los siempre amenazados islotes democráticos del México contemporáneo— ha sido una recreación original, con frecuencia heroica, de unos principios descubiertos por los pueblos y los intelectuales europeos en su lucha contra las distintas formas de dominación que ha conocido el hombre desde su origen. En México la defensa de la democracia es la defensa de la herencia de Hidalgo, Morelos, Juárez y Madero. Así, no debe confundirse con la defensa del imperialismo norteamericano ni con los regímenes militares conservadores de América Latina. Tampoco puede confundirse con la complicidad, activa o pasiva, ante la expansión del totalitarismo ruso en nuestro continente.

La crisis del sistema capitalista mundial, como lo predijo, entre otros, Carlos Marx, se resolvió en 1917 en la aparición de un nuevo tipo de sociedad. Contra las previsiones del mismo Marx y de los revolucionarios rusos, la nueva sociedad no es (ni lo

fue nunca) socialista. Tampoco es, como se empeñan algunos intelectuales de izquierda, una degeneración burocrática del Estado obrero y menos aún una sociedad en tránsito hacia el socialismo. Es una nueva forma de dominación material, política y económica, más total y despiadada que la del capitalismo oligárquico; es un despotismo más cruel que el de las dictaduras tradicionales. El capitalismo ha convivido con la democracia; la ha deformado, pero no ha logrado suprimirla. El comunismo ruso la ha extirpado de raíz y así ha cerrado la posibilidad de una liberación de los hombres.

El totalitarismo nació en Europa, como la democracia. Nació dos veces, una en Alemania y otra en Rusia. La versión nazi fue derrotada, pero en Rusia el totalitarismo se afianzó, creció y se ha extendido por los cinco continentes. Es ya un imperio. El agente más activo y eficaz de la expansión del totalitarismo ruso en América Latina es el régimen de Fidel Castro, que reproduce la estructura burocrático-militar del modelo soviético. La política de México en América Central ha tenido siempre por objeto contener o limitar las intervenciones de Estados Unidos. Ahora, en las nuevas circunstancias de esa región, sin renunciar a los principios de no intervención y de autodeterminación, que han sido nuestro escudo jurídico, debemos tener en cuenta la presencia activa de la Unión Soviética a través de Cuba. La lucha de los pueblos centroamericanos contra las dictaduras militares y las oligarquías reaccionarias es justa, pero sería desastroso que, como ha ocurrido en Nicaragua, los movimientos populares fuesen confiscados por minorías empeñadas en implantar en esas tierras dictaduras burocrático-militares a la cubana. La instauración de regímenes de este tipo en América Central no sería el preludio de la reunificación de las seis repúblicas, sino, por la explosiva combinación de nacionalismo y mesianismo revolucionario, el comienzo de nuevas guerras intestinas, como ocurrió en Indochina. Así, tanto por consideraciones de seguridad nacional como por lealtad a los principios democráticos, nuestra política debe favorecer, en la América Central, a



aquellos movimientos y aquellos gobiernos que propugnan por cambios sociales sin renunciar a la democracia y al pluralismo.

Uno de los mejores momentos de las relaciones entre México y los Estados Unidos fue el período en que gobernaron, en sus respectivos países, Roosevelt y Cárdenas. En México hubo grandes cambios sociales, pero el gobierno norteamericano, aunque sin ocultar su inquietud, como en el caso de la nacionalización del petróleo, respetó esas decisiones. Contribuyó a esta armonía la coincidencia de los puntos de vista de los dos presidentes en materia internacional: para ambos era primordial la defensa de la democracia frente a Hitler y Mussolini. Las circunstancias son hoy distintas, pero los principios en que se fundó la buena relación siguen vigentes: respeto por la independencia de México, tolerancia frente a la necesaria y casi siempre saludable diversidad de puntos de vista, fidelidad de ambas partes a los intereses de la democracia.

La aversión hacia los Estados Unidos fue, durante el siglo pasado, un sentimiento compartido por los conservadores y los nostálgicos del viejo orden español. Este sentimiento ha cambiado de bando y de coloración: ahora son los revolucionarios los que les han declarado una inflexible antipatía. Es explicable: es una reacción natural ante la política de expansión y dominación de los Estados Unidos en América Latina y en México. Por desgracia, muchos antiimperialistas mexicanos y latinoamericanos, fascinados por la ideología del "socialismo" totalitario, han olvidado sus orígenes democráticos. Así, lo que une muchas veces a los conservadores de ayer con los radicales de hoy no es únicamente el justificado antiimperialismo, sino el temple autoritario y antidemocrático. En la clase media mexicana, semillero de nuestros gobernantes, es corriente la amalgama de los sentimientos conservadores de los criollos del siglo XIX con la difusa ideología antiimperialista del siglo XX. Las creencias tradicionales, heredadas de la aristocracia criolla, son la base psicológica inconsciente y el alimento secreto de las modernas ideologías

autoritarias de muchos intelectuales y políticos mexicanos. Es un ejemplo más de modernidad incompleta, inauténtica.

¿Y en los Estados Unidos? No es exagerado decir que dos hermanas gemelas, ignorancia y arrogancia, definen la actitud de la generalidad de los norteamericanos. Las excepciones han sido unos cuantos hombres lúcidos y generosos, así como un puñado de poetas, historiadores, pedagogos y humanistas. Ni unos ni otros han influido apreciablemente en la opinión popular y menos aún en el gobierno de Washington. Es lamentable: la perpetuación de esta actitud es y será funesta para los Estados Unidos y para todo el continente. La imagen que tienen los norteamericanos de México es una mezcla de prejuicios arcaicos, simplificaciones, a veces ingenuas y otras perversas, estereotipos estúpidos. Exagero: es una imagen en blanco, una inmensa laguna mental e histórica. No saben ni quieren saber nada de nosotros.

Muchas de nuestras diferencias con los Estados Unidos nacen de agravios históricos; otras son el resultado de nuestra situación: vecindad y desigualdad. No es fácil vivir al lado de una gran potencia. En nuestras relaciones con ellos abundan los roces, los equívocos y las suspicacias. Nos quejamos, con razón, de un trato injusto y desigual. No podemos minimizar nada de esto. Tampoco usar nuestros justificados agravios como ejercicios de retórica populista o, lo que es peor, como proyectiles ideológicos que, en general, sirven a otras potencias. Sería lamentable que tratásemos de convertir estos sentimientos en el eje de nuestra política internacional, como lo han pedido varios energúmenos. Aunque las diferencias que nos separan de los Estados Unidos son reales y profundas, no deben impedirnos continuar el diálogo con ellos. Es verdad que es un diálogo casi siempre contradictorio y sembrado de equívocos; también lo es que, al fin y al cabo, es un diálogo: ¿qué habría ocurrido si hubiésemos sido vecinos, como los polacos y los checoslovacos, de la Alemania nazi y de la Rusia comunista? No sugiero abandonar los sanos principios de nuestra política exterior; advierto el peligro de transformarlos en fór-

mulas, fetiches y máscaras. No podemos convertirnos en instrumentos de la ideología o del odio, dos cegueras. La lucidez no es enemiga de la independencia.

En esta materia la geografía y la historia son realidades decisivas. La primera nos dice que los Estados Unidos son y serán nuestros vecinos; la segunda, que son una superpotencia y que son una nación democrática. La contradicción entre la potencia imperial y la democracia merece tres observaciones. La primera: por encima de nuestras querellas y de sus abusos, tenemos con ellos una cierta afinidad en materia de ideas y valores políticos, moral pública y visión histórica internacional. Ambos países nacieron con la democracia. La segunda: el diálogo con un gobierno democrático, incluso si es imperialista, es siempre más viable que con un despotismo, ya que los gobiernos democráticos deben rendir cuenta de sus actos a su propia opinión y, así, a la opinión internacional. El gobierno norteamericano ha tenido que discutir en público con sus conciudadanos y, por lo tanto, con el mundo, su política en Vietnam y ahora en la América Central; el gobierno soviético jamás ha rendido cuentas ante su pueblo ni ante nadie de sus actos en Hungría, Checoslovaquia y Afganistán. La tercera, implícita en la segunda: precisamente, porque los Estados Unidos son una democracia, reina en ese país gran diversidad y pluralidad de opiniones, y de ahí que hayamos tenido siempre amigos, lo mismo en el pueblo norteamericano que entre sus líderes políticos y religiosos, para no hablar de sus artistas, pensadores y escritores, de un Thoreau a un Waldo Frank. Es imposible olvidar que Thoreau se opuso a la guerra en contra de México en 1847.

Por todo esto es urgente que los mexicanos conozcan un poco más a los norteamericanos y los norteamericanos a los mexicanos. Tal vez el mutuo conocimiento impida futuras catástrofes. En esa tarea los escritores de uno y otro lado de la frontera tenemos una responsabilidad especial. Hay que hacer la crítica de las ideologías y de los prejuicios. Las ideologías que

separan a los dos pueblos son irreales; los problemas que afrontamos, en cambio, son reales y reclaman una acción inmediata y conjunta. No pienso nada más en los temas multilaterales, sino, sobre todo, en las cuestiones bilaterales: la emigración mexicana, los estupefacientes, la deuda. Todos ellos son vitales y en ninguno de ellos aparece la ideología, que deforma la visión. Las ideologías ocultan a la realidad, pero no la hacen desaparecer; un día u otro la realidad desgarrará los velos y reaparece. Su reaparición es, muchas veces, una venganza. Ojalá que la realidad no se venga de los Estados Unidos y de México.